

UN FANTASMAL MUNDO DE SILENCIO

SEUDÓNIMO: ESTRELLA AGUAMANIL

VI CONCURSO DE RELATOS CORTOS DE LA ASOCIACIÓN DE HIPOACÚSICOS DE HUESCA. MODALIDAD B.

Estimada o querida o respetada o como haya que dirigirse a usted, directora del instituto en el que estudio:

Amo la vida incluso más que a los arcoíris radiantes que se estampan en la bóveda celeste tras la catástrofe de una tormenta. Estoy rendidamente enamorada de la vida. Soy la ninfómana de sus instantes que abre su sexo de par en par para que se adentre en mí a raudales y me fecunde con sus semillas vigorosas.

No sé si este comienzo será válido para encabezar la instancia-queja que el profesor de lengua nos ha mandado *online*. En uno de sus matinales correos electrónicos nos propuso a su alumnado de Bachillerato que eligiésemos una institución a la que remitir una solicitud literaria quejándonos de lo que nos corroía las entrañas. Nos sugirió que aprovecharíamos la oportunidad y nos abriésemos en canal, rebuscando en nosotras mismas aquello que considerábamos incorrecto o defectuoso, lo que funcionaba mal en nuestro entorno y podría ser subsanado mediante un texto crítico. Nos recomendó que comenzásemos el escrito con una *captatio benevolentiae*, el profesor lo llamó así y en la línea siguiente nos explicó que se trataba de una expresión latina que significaba que era necesario atraer al lector con un gancho comercial, un hecho hermoso o unas palabras afectuosas que demostrasen que el escritor poseía un espíritu benigno, un corazón de amapola o una conciencia solidaria. No sé si he sabido interpretar correctamente sus instrucciones.

Yo amo la vida más que nadie, querida directora.

Usted es la destinataria de mi queja por una cuestión de proximidad. He decidido que sea usted, respetada directora, capitana general del instituto público en el que aprendo, la confidente de estas palabras desbocadas que me brotan mientras estoy sola en mi cuarto culminando las tareas escolares del día, confinada en esta casa de dimensiones ridículas. Ya se imaginará que la nuestra es una vivienda de barrio obrero sin balcones ni terrazas en la que estoy enclaustrada como una monja de clausura rezando para que todo salga bien y podamos pronto regresar a las clases, aunque allí me toque ser la diana de las burlas más tóxicas. Porque yo, no me importa reconocerlo, soy una chica defectuosa a quien los compañeros de clase le hacen el juego sucio del vacío y chismorrear sobre mí de frente o a la espalda por el simple hecho de ser sorda de nacimiento. A esta aversión de los que me rodean, no quiero negarlo, contribuye mi manera de hablar. Hablo como si en mi boca residiera una colonia de esponjas. Me expreso gangoseando, expulsando palabras con forma de erizo envueltas en una especie de madeja gutural. Hablo de pena porque apenas oigo lo que digo y por más logopedas que haya visitado la maldita dicción no se me corrige. ¿Lo está viendo, estimada directora? Soy capaz de ridiculizarme al tiempo que me analizo, porque a lo largo de los años he aprendido que reírse de uno mismo es convertirse en montaña rocosa.

Comprenderá por tanto que prefiera escribir a expresarme oralmente. Cuando escribo mi aparato fonador son mis dedos golpeando con ritmo sobre el teclado. Escribo para oírme susurrando

o dando gritos. Escribo para que me oigan perfectamente los que no me escuchan bien. Escribo porque escribir es un hábito maravilloso con el que sanear la maldad del universo y abrir las mil puertas de un palacio sepultado entre la niebla. Prefiero escribir porque cuando escribo las palabras me salen puras, libres de esas algas negras que tengo ramificadas en la garganta, entre la laringe y las cuerdas vocales.

En esta fase de la instancia, que me está saliendo biográfica, ya sabrá quién soy, querida directora. He sido alumna de su centro desde el primer curso de la secundaria. ¿Se acuerda de mí? Esa misma, Estrella Aguamanil, la que cada día a primera hora entraba en su despacho para tomar prestado el dispositivo FM que el Ministerio me concedió para uso exclusivo en el instituto.

No pretendo ser superficial ni egoísta, la queja de esta instancia no se centra en las condiciones del préstamo del FM. Agradezco al Ministerio el esfuerzo por integrarnos en la normalidad al alumnado especial y lamento las molestias que pueda causar a los profesores del curso, cuya primera maniobra al entrar en clase es pedirme el transmisor FM para de inmediato colgárselo en la pechera. Yo por mi parte me instalo el receptor en el implante coclear y se produce el milagro de no escuchar nada más que la voz necesaria de la profesora. No es por dar envidia a nadie, pero los ruidos y los insultos y los desprecios y el jaleo existente en una clase se esfuman al instante de ponerme el aparato en el oído. ¿Se imagina si toda la gente tuviese la posibilidad de usar un dispositivo FM? El mundo sería mucho más pacífico. No se oirían insolencias ni mentiras y las groserías y los insultos caerían en el saco roto del vacío. Por lo tanto el mundo se transformaría en algo más tranquilo y silencioso y la inteligencia se impondría sobre lo grosero, ya que solo hablaría quien tuviese algo importante que comunicar. Viviríamos en un estado armónico de paz y todas seríamos muchísimo más felices.

Sé que lo que acabo de escribir es una utopía ya que en la actualidad solo se escucha al que más grita, al que más miente u oculta la verdad, a la persona más ridícula que necesita con urgencia la atención reverencial del resto. En esta sociedad en la que convivimos sobresale solo el más imbécil de la tribu. Los sabios permanecen en silencio, atemorizados e intentando esquivar las toneladas de estulticia que cae sobre ellos como derrumbes de basura. Esto que escribo se aprecia claramente entre los *youtubers* y los *influencers* y por supuesto abunda en una clase, que es un mapa en miniatura del funcionamiento de una sociedad.

Piénselo, admirada directora, reparta un dispositivo FM a cada alumno y ya verá que pronto se resuelven los conflictos. Es broma, claro. No me haga mucho caso. No quisiera abandonar el tema de la educación sin hacer un último comentario relacionado con esto del confinamiento. Me gustaría, esforzada directora, que les comunicara a sus jefes de mi parte, si es posible, que estar encerrados es un fastidio, pero seguir las clases *online* es para muchas de nosotras, alumnas humildes e hijas monomarentales que carecemos de recursos, un problema casi insalvable. Tengo

que confesar que me he visto obligada a piratear el wifi de mis vecinos para que el portátil de segunda mano de mi madre pueda adentrarse en el bosque espeso de Internet. Esto tampoco es una queja, adorada directora, sino la constatación de una cruel realidad.

Esto que nos ha tocado vivir de estar reclusos entre cuatro paredes es una experiencia rarísima. Aquí dentro, mi madre y yo nos entretenemos como podemos. Bailamos, cocinamos y aplaudimos a los sanitarios a las ocho. Los días se me hacen largos y aun así quiero que sepa que estoy feliz de librarme de los bárbaros de clase al tiempo que echo de menos sus rutinas de acoso. ¿Sufro algún tipo extraño de síndrome de Estocolmo? Me pregunto si no estoy tan habituada al desprecio que ya no logro vivir sin desear que caigan bombas de repulsa sobre mi propia piel de chica solitaria. Es horrible esta sensación de querer y a la par no querer estar en un sitio.

A pesar de todo lo que me daña es hermoso estar viva, querida directora. Cuando me encuentro cargada de la resignación que me asfixia, respiro hondo y relleno una especie de álbum con buenos deseos y frases positivas motivadas por lo que observo cada día desde la cumbre de mi silencio. Si está leyendo la instancia, estimada directora, podrá comprobar que me debato entre el vitalismo y la contradicción. Soy una joven transparente que combate a bocados la carga de dramatismo que me acosa desde niña. Yo nací sorda, querida directora, ya se lo conté en una ocasión. Seguramente lo recuerde. Doy por cierto que no ha conocido a muchas alumnas como yo, que nací en un fantasmal mundo de silencio, habitado por personas que movían mucho los labios comunicándose entre sí y a veces reían y otras muchas veces un pesar hondo las ponía tristes. Yo ignoraba por qué les ocurría esto. Para mí lo que me rodeaba era una noche o un desierto o un funeral sin muerte o con un muerto de palabra u oído que era simplemente yo. Crecí sin saber lo que era un trueno y veía los dibujos animados como sin volumen y desconocía que los perros ladrasen. No sabía qué era la música ni el desagradable pedorreo de un motor y el piropo era tan solo una caricia de mi madre. En eso consistió mi vida al principio, cuando era niña y me consideraba una extranjera que no domina la lengua que se habla a su alrededor. Una niña sin idioma, en cierto modo una apátrida. Una niña isla. Un bicho raro que tuvo la suerte de caer en manos de un médico formidable que creía que oír era un derecho universal y luchó para que la Seguridad Social se hiciera cargo de mi implante. Desde aquí le doy las gracias a aquel médico y a todos aquellos que se involucran por los demás. Sin ellos el planeta sería un caserón abandonado lleno de sombras y cucarachas y telarañas adornando de abandono las esquinas. Por entonces tendría unos seis años y no oía absolutamente nada y me comunicaba con gritos o sonidos como de caverna. Después de aquella cirugía obtuve el don maravilloso de ser capaz de oír. Imagínese, querida directora, lo que significa añadir un sentido nuevo a los que ya se poseen, así, de pronto. Antes era una persona incompleta y me convertí en alguien que podía oír como a distancia sonidos desinflados, sonidos moribundos, pero sonidos al fin y al cabo. Ruidos. Resonancias o murmullos. Lo poco que

empezaba a oír era algo más que nada. Aquel primer implante no logró el éxito esperado pero me permitió descubrir que el mundo en el que vivía no era mudo, sino que estaba afónico para mí, guardando escrupulosamente una cuarentena de sonidos. Visité varios logopedas y en poco tiempo comencé a hablar de aquella manera inexacta y torpe de la que todavía no me he recuperado. Aprendí a leer los labios y no me costó ningún esfuerzo dominar el lenguaje de signos. Nunca me matricularon en un colegio especial, sino que me vi obligada a sobrevivir entre alumnos normales que tal vez jamás comprendieron lo que me sucedía. Salvo excepciones no quisieron negociar con mi discapacidad y se atrincheraron en su condición de seres humanos normales. Lo extraño, lo anómalo, lo diferente es siempre para el resto una bomba a punto de explotar. Las minorías aterran a las mayorías. No sé muy bien por qué. Es inútil hacer entender algo a quien no quiere escuchar.

Amo la vida más que nadie, estimada directora.

Con el paso de los años me vi sometida a dos operaciones más. Gracias a ellas, oigo ahora más que antes, pero probablemente menos que mañana. Evoluciono a diario y cada vez me encuentro más fuerte y completa. Con esta instancia-queja, directora y ya casi amiga del alma, intento demostrar que es falso que las hipoacúsicas no podamos ser buenas escritoras.

El último implante me ha afinado el oído y las muchas palabras que aún se me escapan las capturo leyendo los labios. Pero resulta que la pandemia ha vuelto a agudizar mis problemas, estimada directora. Lo que en concreto me preocupa es el uso de las mascarillas que las autoridades nos imponen. A mí, muchacha sorda, estas máscaras me aíslan aún más. Imposibilitan mi lectura labial confinándome a una nefasta incomprensión. Me reducen como ciudadana. Me anulan. Supongo que las autoridades sanitarias inventarán algo para que nosotras, las sordas de nacimiento, podamos leer en los labios un mensaje de amor o las palabras tiernas de un amigo, algo, lo que sea. Por si a alguien le interesa, queda escrito, amada directora, aunque esto tampoco se trate de una queja, sino de un vaticinio de lo por venir.

Me gustaría exponer ahora, ya que me he abierto en canal y le he confesado lo más íntimo que llevo dentro, la verdadera queja de esta instancia.

Mi queja, querida directora, es no querer quejarme de nada. Quejarse es solo la excusa de los débiles, una coartada que se inventan los que carecen de energía para luchar. Y yo, no sé si lo he dicho, soy una guerrera armada hasta los dientes de coraje y valor. Una joven superviviente de fangos y reyertas que desea seguir bailando un vals con la vida mientras empiezo a oír sus compases rápidos y vivos, girando, girando y girando.